

Maureen Lee

De vuelta a casa

Traducción:
ANA HERRERA



MAEVA

Para Juliet Burton, mi amiga y agente

1

Bootle, Liverpool *Diciembre de 1945*

«La guerra ha terminado
la lucha ya cesó
el sol brilla en el cielo
Y ¿qué voy a hacer yo?»

Maggie dejó de cantar y sonrió a sus amigas, levantando las cejas, interrogante. Estaba guapísima con sus rizos negros, que ya no tenía que esconder bajo la gorra del ejército y que le caían sueltos sobre los hombros. Sacudió la cabeza para apartarse de la frente hasta los rizos más diminutos y alejarlos de sus ojos, que eran de un color azul violáceo muy especial.

—¿Qué haremos ahora que ha terminado la guerra y nos han desmovilizado? —preguntó.

—Yo me quedaré en casa hasta año nuevo —dijo Nell—. Luego me iré a vivir a Londres. Encontraré trabajo, una bonita habitación en algún sitio, y viviré feliz para siempre, como se suele decir.

Nell era muy alta, torpe y más bien fea, pero tenía los ojos más dulces e inocentes del mundo, como si fueran de suave terciopelo castaño.

—Solo los cuentos de hadas tienen un final feliz —observó la tercera componente del grupo, con tono lúgubre.

—¡Iris, tú siempre tan aguafiestas! —exclamó Maggie—. ¡Nada podría estar más lejos de la verdad! Según mi experiencia, todas las historias tienen siempre un final feliz.

—No has vivido lo suficiente para ver lo contrario —le recriminó Iris Grant. Ya estaba cerca de la treintena, mientras que Maggie y Nell solo tenían veintiún años. Se habían hecho amigas

en el colegio y las dos se unieron al ejército tres años atrás. Iris se alistó mucho antes, nada más empezar la guerra. No tenía nada en común con las chicas, aparte del hecho de que las tres eran de Bootle. Y además, ella era sargento y las otras, soldado raso. Se suponía que los sargentos no se mezclaban con la tropa, de modo que las raras ocasiones en las que salían juntas al cine, iba siempre de paisano. A medida que pasaron los años, se había ido encariñando con las chicas. Observó que los demás pasajeros del vagón escuchaban su conversación muy entretenidos.

Estaban en el tren, en la etapa final de su viaje a casa desde un campamento del ejército situado no lejos de Plymouth, en Devon. Les había costado dos días llegar desde Plymouth a Liverpool. En Londres pasaron la noche en la sala de espera de señoras, en la estación de Euston. Maggie observó que, probablemente, sería la última vez que dormir en un banco de madera les parecería algo divertido. Había mujeres de otros servicios a las que también habían desmovilizado como a ellas, y cantaron, bailaron un poco, se rieron mucho, soltaron algún que otro grito... En resumen, apenas durmieron.

—Qué triste estoy... —anunció Maggie, sonriendo de oreja a oreja.

—Pues no lo parece —dijeron al unísono Iris y Nell.

—Puede ser, pero es lo que siento, de verdad. En dos paradas llegaremos a la estación de Marsh Lane y saldremos y ya nada volverá a ser lo mismo. La guerra ha terminado, ya no estamos en el ejército y no tendremos que llevar uniforme nunca más. —Se quedó seria un momento, para variar—. Ya me noto un poco rara por no llevar gorra...

—Pero si tú siempre llevas sombrero —le recordó Nell.

—Ay, Nell... —Maggie abrazó efusivamente a su amiga—. Eres un encanto. ¿Cómo voy a hacer para acostumbrarme a que no estés roncando a pierna suelta en la cama de al lado cuando me despierte?

Nell parecía algo violenta.

—Yo también te echaré de menos —dijo—. Y no ronco.

Se preguntó si sería capaz de sobrellevar la existencia en Londres sin Maggie. En Bootle, vivían muy cerca. Desde siempre se

habían saludado por la ventana de sus dormitorios, que daban a la parte trasera de la calle, cada noche antes de irse a dormir y cada mañana al levantarse.

El tren estaba llegando a la estación de Marsh Lane.

—¡Buena suerte, chicas! —dijo un hombre, cuando estaban a punto de bajar.

—¡Buena suerte para usted también! —Maggie le dio unas palmaditas en el hombro y el señor se mostró complacido.

Una cosa que no echaría de menos, pensó Iris, era lo extrovertida que era Maggie, siempre dando palmaditas y besando a la gente, abrazando a desconocidos sin venir a cuento y diciéndole a todo el mundo en voz alta lo mucho que los quería. Las lágrimas acudieron a sus ojos cuando se percató de que, a pesar de eso, echaría muchísimo de menos a Maggie, igual que el buen carácter de Nell, su paciencia y que no hablara nunca mal de nadie.

Las tres se quedaron de pie, hombro con hombro, bajo el puente del ferrocarril de Marsh Lane con las maletas a sus pies. La tarde era sombría, casi había oscurecido, aunque solo eran las dos. Al ser miércoles, el día en que todo cerraba a mediodía, no había demasiada gente. El aire estaba cargado de niebla y podían sentir la humedad en sus rostros. La calle olía a humo y a carbón.

—En el ejército me han dado mi primer beso —dijo Maggie—. He ido a mi primer baile...

Nell se sonrojó.

—Yo también.

—Y he tomado mi primera ducha —siguió Maggie—. Y usado un teléfono y una máquina de escribir por primera vez, y he ido en moto... solo como pasajera —añadió, no quería parecer más experimentada de lo que era en realidad.

—Yo he cocinado todos los días para más de cien personas —dijo Nell—. He pelado miles y miles de patatas, he hecho cientos y cientos de pasteles. Los que mejor se me daban eran los brazos de gitano.

—Me encantan tus brazos de gitano —afirmó Iris.

Iris ya se había casado y había besado, bailado y cocinado antes de unirse al ejército, donde era conductora e hizo de chofer

para gente importante, a la que llevaba a sus destinos importantes. Había sido feliz en las fuerzas armadas, infinitamente más feliz que hacía mucho tiempo. Se alegraba de que la guerra hubiera terminado, pero echaría de menos aquella felicidad.

Maggie la abrazó y le dio un beso en la mejilla. Nell la besó con menos fogosidad en la otra mejilla.

—Podríamos quedar el sábado por la mañana para tomar una taza de té en el café de Jenny, en Strand Street —sugirió Maggie.

Acordaron reunirse a las diez y media. Iris se alejó, para evitar que vieran que estaba llorando, y se fue a casa.

—Estaba a punto de llorar, pobre Iris —dijo Nell. Ella y Maggie se agarraron del brazo y anduvieron hacia el barrio en el que ambas habían nacido.

—Pues tendría que estar encantada de volver a ver a su marido. Tienen una casa preciosa en Rimrose Road. —Maggie se subió el cuello del abrigo hasta las orejas—. ¿Hace el mismo frío que en Plymouth o más?

Nell arrugó un poco la nariz y luego sentenció que, efectivamente, hacía más frío allí.

—La temperatura del mar de Irlanda es más baja que la del Canal.

—Y ¿cómo sabes tú eso? —preguntó Maggie.

—Pues no tengo ni idea. Supongo que lo habré leído en algún sitio.

Dieron la vuelta en Amber Street, donde vivía Nell. Más abajo había un hueco muy feo que habían dejado dos casas a las que alcanzó una bomba.

—En cuanto entremos, nuestras vidas en el ejército habrán terminado de verdad. —Maggie se detuvo junto a una farola que ellas con una cuerda convirtieron en columpio cuando eran pequeñas. Soltó el brazo de Nell y se quedó de pie en la calle, con las manos en las caderas, examinando con ojos risueños las pequeñas casas adosadas a ambos lados. Algunos edificios todavía tenían puestas en las ventanas las cortinas oscuras, en uno habían pintado en la puerta principal una Union Jack, como llamaban a

la bandera del Reino Unido. En otros se veían ya los adornos de Navidad, la primera sin guerra en los últimos seis años.

—Nadie volverá a llamarme soldado O'Neill nunca más; nunca más me despertaré al toque de corneta, ni iré a bailar de uniforme. Todo va a ser completamente diferente.

—Pronto nos acostumbraremos —dijo Nell, tranquila, pero no del todo segura de que fuera cierto.

Maggie bailoteó por la acera y volvió a agarrar el brazo de su amiga.

—Pues claro que sí. Y tenemos los recuerdos, ¿no? Recuerdos fantásticos del tiempo maravilloso que hemos vivido. Y tristes, también. —Sus ojos azul violáceo se entrecerraron—. Todos esos jóvenes encantadores que murieron... Les prometí a unos cuantos que me casaría con ellos, para que pudieran contarles a sus compañeros que tenían una novia en la vieja Inglaterra.

Nell se volvió a sonrojar.

—A mí también se me declaró uno. Se llamaba Jim Harvey y era soldado de primera clase.

Ocurrió muy deprisa, y no hubo tiempo de enamorarse antes de que a él lo mataran en Italia, víctima de la bala de un francotirador.

Las chicas siguieron andando unos pasos más y se detuvieron junto a la casa de los Desmond.

—¡En casa! —exclamó Maggie. Empujó a Nell hacia la puerta delantera—. Al fin en casa... ¿Nos vemos esta noche? Ven cuando quieras. Mamá estará encantada de verte. Hasta luego, Nell.

Maggie desapareció doblando la esquina y dejó a Nell desesperadamente perdida y sola. Tragó saliva, tomó aire con fuerza y sacó la llave que colgaba de un trocito de cuerda en el interior del buzón. Lo primero que notó es que habían cambiado la decoración del vestíbulo. El papel con relieve que llegaba a la altura del hombro estaba recién barnizado y, por encima, la pared estaba pintada al temple de un color verde oscuro. Habían colgado también un cuadro nuevo, de un cuenco con fruta que parecía demasiado perfecta para ser real. La puerta del salón estaba abierta, Nell se asomó. El salón estaba vacío; también lo habían pintado hacia poco de los mismos colores oscuros que el vestíbulo. Los

muebles eran bonitos y pulidos, los cojines y cortinas parecían caros y había una alfombra nueva frente a la chimenea cubierta de azulejos marrones. Nell echó atrás los hombros y entró en el cuarto de estar. Comparada con el salón, aquella habitación parecía descuidada y gastada. Las cortinas estaban deshilachadas y el linóleo, que llevaba allí desde siempre, estaba lleno de agujeros que podían resultar mortales si no mirabas por dónde pisabas. Un fuego escaso ardía en la chimenea.

—¿Mamá? —dijo. Su madre estaba dormida en la butaca que se encontraba junto a la ventana, pálida, delgada e indefensa. Abrió los ojos y, al ver a su hija, también los brazos.

—¡Nellie, cariño! ¡Ven aquí! —exclamó.

Nellie se arrodilló y dejó que su madre la abrazara. Hacía ocho años el padre de Nell, Alfred Desmond, se había liado a vista de todos con una mujer que tenía una peluquería en la Strand Street y vivía en el piso que se encontraba encima de la peluquería. A Rita Brannigan, pelirroja, con los ojos verdes y un cuerpo voluptuoso, la comparaban a menudo con su tocaya, la estrella de cine Rita Hayworth. Alfred pasaba solo las noches y los domingos por la tarde con Rita, y prefería vivir el resto del tiempo en su propia casa, donde le daban de comer y lo cuidaban mejor.

De la noche a la mañana, Mabel, la mujer de Alfred, se había convertido en una inválida. Ya no se sentía bien ni podía hacer las tareas domésticas; se sentía demasiado débil para ir a comprar y demasiado avergonzada, porque todo el mundo sabía lo de la puta de Alfred y se reía de su pobre mujer, a veces en su propia cara. Apenas se había movido de aquella silla desde entonces, excepto para irse a la cama o usar el aseo que estaba al fondo del jardín.

Los Desmond tenían cinco hijos, cuatro chicas y un chico, Kenny, que era el niño mimado de la familia. Nell era la segunda más joven. Una por una, las chicas mayores habían ido ocupando el lugar de su madre: primero Gladys, luego Ena, seguida de Theresa, que asumió su papel cuando sus hermanas mayores se casaron y se fueron de casa.

—Te he echado mucho de menos —sollozaba su madre—. De verdad, mucho. —Hizo una pausa para limpiarse las lágrimas en

el delantal que le hacía las veces de pañuelo y de toalla—. Y Theresa pregunta todos los días cuándo volverás a casa, porque quiere irse a vivir con su amiga Joan Roberts, de Chaucer Street. Bueno, ya estás aquí, o sea que puede irse. Ahora te toca a ti cuidarnos. No te irás nunca, ¿verdad, Nellie?

—No, mamá —respondió Nell débilmente, mientras una voccecilla gritaba en su interior: «¡No tendrías que haber vuelto a casa, boba! ¡Tendrías que haberte imaginado que ocurriría algo así!». El sueño que llevaba alimentando casi un año, vivir en Londres, quedó hecho añicos a los pocos minutos de haber vuelto.

En realidad ya se lo imaginaba. Después de todo, le tocaba a ella, como había dicho su madre. ¿Cómo no iba a volver a casa? Theresa había cumplido su parte y ahora tenía derecho a independizarse. Pero Nell era la hija más joven... ¿Quién se haría cargo cuando le llegase a ella la hora de mudarse?

Se abrió la puerta delantera y entró su padre, haciendo una pausa para colgar el abrigo y el sombrero en el vestíbulo. Nell supo que era él por la forma que tenía de sacudir las botas en la alfombrilla; hacía temblar toda la casa.

Alfred Desmond era un hombre guapo, muy alto, con el pecho ancho y una incipiente barriga cervecera. Llevaba un traje de raya diplomática, camisa azul y una corbata a rayas rojas y azules. También llevaba un pañuelo rojo en el bolsillo del pecho, y desprendía un fuerte olor a una mezcla de cerveza, tabaco y colonia barata. Sus ojos eran del mismo tono castaño que los de Nell, pero en ellos no se veía calidez alguna, y las patillas, tiesas y erizadas, le llegaban casi hasta el lóbulo de las orejas.

Alfred parecía lo que era, un bribón. Podía conseguir lo que fuera para quien fuera... a cambio de un precio: cupones para gasolina, cupones para ropa, cupones para comida, cigarrillos y tabaco, alcohol, pintalabios y perfumes elegantes. Cualquier cosa que se te pudiera ocurrir, de un modo u otro Alfred la acababa consiguiendo. El motivo por el cual el vestíbulo y el salón estaban tan bien decorados, en comparación con el resto de la casa, es que allí era donde él hacía sus negocios, recibía a sus clientes y daba órdenes.

Miró a Nell de arriba abajo.

—Así que ya estás en casa. Veo que no te has hecho más pequeña mientras estabas en el ejército —se burló.

—No tiene ni un gramo de grasa, Alfred. Lo que pasa es que es tan alta como tú. No querías que encogiera...

—Calla, Mabel. —Le pegó una patada indolente a su mujer en el pie, y luego puso su enorme mano en el hombro de Nell—. Anda, prepara una taza de té, sé buena...

Dejó la mano en el hombro de la chica, agarrándolo cada vez con más fuerza. Nell apretó los dientes, decidida a no dejar notar lo mucho que le dolía. Pero, al final, resultaba tan doloroso que tuvo que encogerse y apartarse; su padre se echó a reír.

Tiene que llegar a principios de mayo —dijo Sheila O’Neill, recatadamente—. No te lo había dicho porque quería darte una sorpresa.

Maggie se echó a reír.

—Pues sí que es una sorpresa, la verdad. No pensaba que gente de la edad de papá y tú se metiera en semejante lío. —Ryan, su hermano, tenía veintitrés años. Después de que naciera Maggie pasaron veinte años sin hijos, y sus padres pensaron que ya no tendrían más, de modo que fue una agradable sorpresa cuando, a los cuarenta y uno, su madre se quedó embarazada de nuevo, y llegó Bridget. Y allí estaba, dos años más tarde, teniendo un cuarto hijo.

—Pero ¿te encuentras bien, mamá? —Maggie frunció el ceño—. Igual eres un poco mayor...

—El doctor Reynolds dice que estoy sana como una manzana —alardeó Sheila. Y lo parecía, la verdad, con aquellas mejillas rosadas y su sonrisa radiante. Era como su hija pero en una versión madura, más agobiada por las preocupaciones y con unas cuantas canas—. El caso es que siempre quise un pequeño compañero de juegos para Bridie.

Bridie era una niña encantadora, como una muñequita. Estaba sentada en la rodilla de Maggie. Había nacido después de que su hermana se alistara en el ejército, de modo que apenas se conocían, pero había una foto grande de Maggie de uniforme encima

de la chimenea y Sheila siempre le recordaba a Bridie que aquella era su hermana.

Entró en la habitación un gato atigrado enorme con andar arrogante. Al ver a Maggie, se subió al respaldo de su silla y empezó a jugar con su pelo rizado.

—¡*Tinker!*—exclamó Maggie—. Gato malo. Qué susto nos has dado... —Meneó la cabeza y el gato se deslizó hacia abajo, agarrado de manera precaria al brazo de la butaca—. ¿A qué hora vuelve papá?—preguntó. Acarició a *Tinker* debajo de la barbilla y el gato empezó a ronronear. Se sentía muy a gusto con *Tinker* a su lado y su hermana pequeña en las rodillas.

Su madre miró el reloj.

—En cualquier momento. El turno de la mañana acaba a las dos, pero tarda un rato en llegar a casa en el autobús.

El padre de Maggie trabajaba en una fábrica de ingeniería naval que pasó a producir munición durante la guerra. Justo ahora acababan de retomar la fabricación de piezas para barcos. Su hermano también trabajaba en la fábrica, como aprendiz. A los dos hombres, por tanto, los consideraron trabajadores esenciales y no los llamaron a filas, para gran alivio de su padre y gran frustración de Ryan, que deseaba con todas sus fuerzas unirse a la marina.

—Prepararé un poco de té. —Sheila intentó ponerse de pie—. ¡Quédate ahí!—ordenó, cuando Maggie hizo ademán de bajar a Bridie de sus rodillas para ayudarle—. Todavía me quedan cinco meses. Tu padre me tendría en la cama todo el día, si por él fuera, y traería a tu tía Kath para cuidar de Bridie. Yo le dije que me volvería loca del todo, metida en casa mientras Kath me sermonaba sobre los derechos de la mujer y por qué deberíamos librarnos de la monarquía.

Maggie suspiró, encantada. Era estupendo volver a estar en casa de nuevo. Había echado mucho de menos a su familia mientras estuvo en el ejército, pero el bombardeo de Liverpool ya había pasado cuando se alistó, en 1942, de modo que al menos no tuvo que preocuparse por eso. Sabiendo que estaban todos a salvo, pudo disfrutar de su maravillosa libertad y, al mismo tiempo, aguantar la rígida disciplina de la vida militar.

Recorrió con la mirada la cálida habitación. Su madre sabía hacer objetos bonitos con cosas que encontraba aquí y allá. Había un tapete de ganchillo en el aparador, sobre el que se apoyaban dos jarras cubiertas de conchas pintadas en colores pastel, un jarrón lleno de flores de papel y un antiguo reloj de madera, pintado de blanco y decorado con calcomanías de flores. Los adornos de Navidad también eran caseros: Maggie y Ryan habían hecho el árbol quince años antes con papel crepé verde.

Aquella iba a ser una Navidad realmente fantástica, sin las nubes de la guerra cerniéndose sobre ellos. Había mucho que celebrar. Maggie pensó en las tres últimas navidades que había pasado en la base de Plymouth. Tenían algo mágico en ellas, un aire de diversión frenética, pero también una sensación de tristeza. Se preguntaba si echaría de menos todas aquellas cosas cuando se abrió la puerta trasera y entró su padre en la cocina.

—¡Maggie está en casa! —anunció Sheila.

—¡Ha llegado! ¿Dónde está mi chica? —rugió Paddy O’Neill, con su fuerte acento irlandés. Apareció en la puerta, grandote y guapo, sonriente—. ¡Bienvenida a casa, cariño! Bienvenida a casa...

Nell recordó, mucho tiempo después, que la invitaron a casa de Maggie aquella noche. Le caía muy bien la señora O’Neill, siempre la mimaba y cuidaba mucho. Su madre se había ido a dormir, su padre al pub, Kenny a jugar al billar y Theresa al cine con Joan Roberts y dos marineros franceses.

No estaba acostumbrada a tanta quietud, después de la vida bulliciosa de la base. Se puso el abrigo y se fue a caminar por Coral Street. Durante casi seis años estuvo en vigor el apagón, todo el mundo se veía obligado a cerrar las cortinas para que no asomara ni un solo rayo de luz. Ahora, como señal de reto tardío, se dejaban las cortinas abiertas de par en par y las vidas expuestas a la vista de todos.

Los O’Neill se encontraban en la sala de estar. Maggie y su hermano Ryan, del que Nell siempre había estado enamorada, bailaban el *jive* en medio de la habitación. El señor y la señora

O'Neill estaban sentados en el sofá, abrazados, y la niña pequeña, Bridie, apretada entre los dos, acunaba a *Tinker*, el gato. La tía Kath, que rezumaba política por todos los poros, acababa de entrar en la habitación con una bandeja de té.

No había lugar para Nell en aquella escena tan feliz. Nadie querría ver su cara larga. Se volvió y se dirigió a su casa silenciosa, preguntándose si siempre sería así, ahora que había vuelto.

Los hombres se habían ido al pub hacía más de una hora: Tom, el marido de Iris, su hermano Frank y el padre de ambos, Cyril. Sus mujeres estaban sentadas frente a la ventana del primer piso de la casa de Iris y Tom, que daba a los muelles de Bootle, admirando la vista. Iris contemplaba su propio reflejo. Sin uniforme parecía pequeña, pálida e insignificante. Tenía el pelo rubio natural y un rostro sereno. La gente no se quedaba con su cara, y hasta que la veían dos o tres veces no caían en la cuenta de lo atractiva que era.

Cuando daban las diez y cerraban los pubs, a los maridos, que eran todos médicos, se les esperaba en casa en cualquier momento.

—No sé por qué el alcohol sabe mejor cuando están hundidos hasta la rodilla en serrín, en lugar de estar sentados en una mesa bebiendo de una copa de cristal —había dicho hacía un rato Constance, la mujer de Frank—. Debe de ser algo que tiene que ver con su instinto de hombres de las cavernas.

—¿Había pubs en las cavernas? —preguntó Adele Grant, burlesca.

—Bueno, ya sabes a qué me refiero —saltó Constance.

Adele, la suegra de Iris y Constance, regordeta y maternal, era una de las personas a las que más cariño tenía Iris. Ella no tenía familia cercana y la madre de Tom había resultado una sustituta perfecta para la suya, que murió poco después de que ella naciera. Su padre fue a reunirse con su creador poco tiempo después, y a Iris la criaron una tía y un tío bastante fríos, hasta que se fue de casa a los dieciocho años. Solo los había visto media docena de veces desde entonces.

Fue Adele la que tuvo la idea de hacer una cena especial para dar la bienvenida a su nuera. Debía de llevar varias semanas ahorrando cupones de carne para poder comprar el entrecot tierno, y Dios sabe cuánto le habrían costado las dos botellas de vino francés de diez años, o de dónde las habría sacado. Aunque la guerra había terminado, el racionamiento seguía vigente.

—Ha sido una bienvenida a casa especialmente agradable —dijo Iris, que había esperado pasarla a solas con Tom—. Y esta es una vista maravillosa: las luces, el agua brillante... —Señaló hacia la ventana. Quizá fuera la luna llena la que hacía resplandecer el agua de aquella manera. Durante el día, la vista no tenía nada de especial: grúas, un barco o dos con mercancías que se cargaban o se descargaban. Pero por la noche, con las luces encendidas en los barcos, los muelles y la propia calle, era una vista hermosa—. Todavía no me acostumbro a que no haya que tapar las ventanas —dijo.

—No entiendo por qué han tardado tanto en desmovilizarte. —Constance siempre se las arreglaba para resultar un poco malhumorada, rozando la suspicacia, como si Iris hubiera estado haciendo algo no del todo bueno en Plymouth desde que acabó la guerra, cosa que hasta cierto punto era verdad, aunque era imposible que Constance lo supiera.

—El campamento no se podía clausurar de la noche a la mañana —dijo Iris, con paciencia. Constance era un poco cascarrabias, pero tenía buen corazón—. Había mucho trabajo que hacer aún, reuniones, transportar muebles y equipos a otros campos, almacenar cosas o enviarlas a algún lugar para venderlas... Me saqué el carné de conducir vehículos pesados —dijo, orgullosa—, y conducía camiones por todo el país.

—¿De verdad, cariño? —observó Adele, impresionada—. Qué lista. —Le dio unas palmaditas en la rodilla a Iris—. Estoy muy contenta de que hayas venido a casa a tiempo para las fiestas. No tienes necesidad de ponerte a recoger cupones para hacer la comida del día de Navidad: Tom y tú os venís a casa con nosotros.

—Y con nosotros el 26 de diciembre —dijo Constance—. Beth y Eric tienen muchas ganas de verte. Estaban empeñados en venir esta noche, pero les he dicho que era solo para mayores.

—Gracias a las dos. También tengo muchas ganas de volver a ver a mis sobrinos.

Abajo, se abrió la puerta principal y los maridos subieron cantando la canción del club de remo de Eton. Todos ellos habían asistido a escuelas muy selectas, aunque no tanto como Eton.

Adele se echó a reír.

—Parece que vienen un poco perjudicados... ¡Tres médicos borrachos! Debería darles vergüenza...

Las visitas se habían ido.

—¿Se han portado bien? —le preguntó Tom, ansioso—. Espero que Constance no te haya molestado. Puede ser un poco brusca.

Iris estaba colocando las sillas en su sitio. Instintivamente, cerró las cortinas.

—Se ha portado muy bien. Bueno, un poco directa. Pero no me importa. Tu madre ha estado encantadora; la verdad es que siempre lo es. —Se sentó en una de las sillas, con un suspiro.

Tom atizó un poco el fuego y luego fue a sentarse en la silla de al lado.

—Ojalá hubiera podido ir al ejército yo también, y así habríamos vuelto juntos a casa. —Una pierna rota de niño le había dejado una ligera cojera y lo habían rechazado en los tres cuerpos. Era un hombre normal, que inspiraba confianza, con el pelo liso de color castaño y una sonrisa juguetona. Llevaba gafas con montura de cuerno. Sus pacientes lo adoraban, pero Iris no estaba segura de seguir amándolo—. Se me hace un poco raro no haber visto a mi mujer en un año entero —dijo él, rígido. La sonrisa había desaparecido.

—Apenas nos daban pases para más de cuarenta y ocho horas —se justificó Iris—. No era posible venir a Liverpool desde Plymouth y volver en un tiempo tan breve.

—No me habría importado no verte si hubiera estado yo también en el ejército.

—Pero no era posible, ¿no?

Él negó con la cabeza.

–Ojalá no fuera tan inútil, en tantos aspectos. –Tenía los hombros encorvados.

–No eres inútil en ningún aspecto, que yo sepa.

–No he podido darte un hijo.

–Sí que me diste un hijo. Probablemente es culpa mía no poder tener otro. –Iris cerró los ojos y vio a su bebé, Charlie, de seis meses, sonriendo, o dormido entre sus brazos mientras ella lo arrullaba. Se imaginó su cuerpo apretado contra su pecho, su boquita buscando el pezón, y recordó la mañana que lo encontró frío en su cuna, con la cara blanca como un fantasma, rígido, sin vida. Su pequeñín estaba muerto y ella nunca lo superaría por mucho que viviera. Si no hubiera sido por Charlie no se habría alistado en el ejército. Tenía que alejarse. Una vez allí, no le dijo a nadie que había tenido un hijo.

Ahora, quizá por haber vuelto a casa, la misma casa en la que todo había ocurrido, aquello le parecía terriblemente real.

–¿Todavía guardamos su cuna? –le preguntó a Tom.

–No. Espero que no te importe, pero mamá se la llevó hace tiempo. Aunque tuviésemos otro bebé, no me gustaría que durmiera ahí. Guardamos los juguetes y la ropita en el desván, por si querías conservarlos.

–Pues creo que ya no. Preferiría regalárselos a otro bebé.

–Le diré a mi madre que se haga cargo.

–No, Tom, es igual. Ya lo haré yo misma.

Él también había perdido a un hijo y no podía dejárselo todo a él solo.

–¿Pongo más carbón en el fuego o nos iremos pronto a la cama? –Probablemente no era consciente del deseo que se leía en su rostro.

Iris hubiera preferido quedarse un rato más, pero Tom se habría sentido herido. Se despezó.

–Prefiero irme a la cama temprano –mintió.

–Es hora de que intentemos tener otro bebé. –Él se puso de pie y le hizo un gesto a Iris para que se levantara.

Ella asintió, pero no dijo nada. Tom nunca lo sabría, pero había intentado desesperadamente tener otro bebé desde que se alistó en el ejército, seis años antes, y había perdido ya la cuenta

del número de hombres con los que se había acostado. No sabía qué le habría dicho a Tom si se hubiera quedado embarazada. Ya se le ocurriría algo cuando llegara el momento, se decía. Pero resultó que no hubo necesidad de decirle nada.

El sábado, Iris estaba ya en el café de Jenny cuando irrumpió Maggie, dejando entrar una fuerte corriente de aire por la puerta abierta. Llevaba un abrigo rojo y una estola de piel en torno al cuello. La cafetería estaba llena, Iris había ocupado la última mesa que quedaba libre. Su abrigo color beis estaba echado sobre el respaldo de su silla. El sombrero a juego llevaba una pluma moteada.

El ruido de las voces era ensordecedor. Todo el mundo estaba de buen humor por aquella Navidad tan especial. Habían colgado una tira de tela blanca ante la ventana empañada, y en ella habían pegado las palabras felices fiestas con letras de papel crepé rojo. En la radio sonaban villancicos cantados por un coro de niños.

—¿Es de piel de zorro? —preguntó Iris señalando la estola, mientras Maggie se dejaba caer en una silla.

—No, mi padre jura que es de rata. Lo he rescatado de la tía Kath. Mamá lo espolvoreó con polvos de talco y le dio una buena sacudida en el jardín. Es precioso y muy calentito. —Maggie creó una corriente aún mayor al agitar su abrigo y echarlo hacia atrás en la silla. Después, se lo puso en las rodillas—. Eh, ¿a que no sabes qué? —preguntó, emocionada—. ¡Mi madre está esperando otro niño! Nacerá en mayo. No le importa si es niño o niña.

—Pues felicítala de mi parte —dijo Iris, procurando que no se le notara la envidia en la voz—. ¿Dónde está Nell? Pensaba que erais vecinas.

—La he llamado, pero estaba muy ocupada, me ha prometido que llegará en un minuto. Ah, y no le preguntes por lo de Londres, pobrecilla. Tiene que olvidarse de eso y quedarse a cuidar de su madre y de la casa.

—Pero ¡eso no es justo! —exclamó Iris, sulfurada. Sabía lo mucho que deseaba Nell irse a vivir a Londres. Se había encariñado mucho con las dos chicas, pero Nell era una jovencita muy vulnerable,

que se sentía dolida con facilidad. En su deseo incondicional de ayudar, a menudo la tomaban por tonta. Iris siempre sentía la necesidad de protegerla. Se imaginaba lo fácil que sería convencer a la pobre chica de que su deber se encontraba en Liverpool, y no en Londres.

Llegó la camarera a la mesa e Iris pidió té para tres y tres bollos.

—¿Tenéis mantequilla? —preguntó.

—Lo siento, señora, solo tenemos margarina.

—Entonces tomaremos mermelada, por favor. Disimulará un poco el sabor —le dijo a Maggie cuando se fue la camarera—. No soporto la margarina.

—Ya antes de que estuviera racionada, solo tomábamos mantequilla los domingos —replicó Maggie, sonriendo—. No todas somos unas señoritas como tú.

Iris abrió mucho los ojos.

—Perdona, he tenido muy poco tacto. Lo siento.

—No importa —dijo Maggie con una sonrisa.

—Pero la verdad es que ya es hora de que podamos volver a tomar mantequilla. La guerra terminó hace más de siete meses, y sin embargo el racionamiento es tan duro como antes. Lo mismo ocurre con otras muchas cosas. Ayer no pude comprarme un pintalabios en toda la ciudad. No había existencias en ninguna de las tiendas grandes, ni tampoco colonia para mi marido, aparte de Woolies, donde cuesta seis peniques la botella y, además, seguro que no es buena. Ah, mira, ahí está Nell.

En contraste con su amiga, Nell entró en el café casi arrastrándose. Tenía los ojos bajos cuando se reunió con ellas en la mesa.

—Hola, Iris —susurró.

—Hola, cariño. —Iris le dio la mano y se la apretó—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Nell levantó la mirada, sus ojos tenían un aspecto muy triste.

—He estado pensando... ¿por qué no venís las dos a tomar el té por la tarde, la víspera de Navidad? —Iris les había comprado regalos: cajas de pañuelos bordados con una florecita en una

esquina. Solo quedaban tres cajas en Owen Owen, y había comprado la tercera para Constance—. ¿Has encontrado trabajo, Maggie?

—No. He pensado que ya empezaré a buscar en año nuevo. Ha sido idea de mi padre. Dice que me merezco primero unas pequeñas vacaciones.

—Mi marido me ha dicho más o menos lo mismo. No volveré a ser su recepcionista hasta enero. Mi suegra ha ocupado mi lugar mientras tanto, y no le importa seguir un par de semanas más. ¿Y tú, Nell, cariño? —preguntó—. ¿Qué haces ahora? —La chica parecía haber perdido vitalidad desde la última vez que se vieron.

—He aplazado lo de ir a Londres un tiempo y estoy ayudando en casa. De hecho, allí es donde debería estar ahora mismo, en casa. Mi padre no tardará en llegar, creo. Y tengo que comprar algunas cosas, nos hemos quedado sin pan. —Se levantó de un salto y salió casi corriendo de la cafetería.

Iris dio un respingo.

—¡Pero si no ha tocado siquiera el té ni los bollitos!

—Iré a verla luego —prometió Maggie—. Me aseguraré de que vaya a tu casa y de que venga a la nuestra en Navidad, porque damos una fiesta. Vendrá la hermana de mi madre y algunos amigos de mi padre del trabajo. Y creo que Ryan traerá a su nueva novia. He invitado también a Nell. Si no viene, iré a su casa a buscarla.

Fue entonces cuando Iris decidió que debía hacer algo respecto a Nell.

Iris no soportaba al hermano de Tom, Frank. Aquellos dos hombres no podían ser más distintos, tanto de cuerpo como de mente. Alto y muy delgado, Frank tenía unos ojos oscuros y penetrantes y una expresión eternamente amargada en su rostro alargado. Iris no habría permitido jamás que fuera su médico. Después de la comida de Navidad, criticó los planes de introducir un servicio de Sanidad Nacional con mucha dureza. Los adultos estaban todavía en la mesa y los niños, Beth y Eric, se habían ido a la sala de estar a escuchar la radio y ver sus regalos, sobre todo libros.

—Nunca trabajaré para ellos —insistía Frank, enérgico—, aunque eso signifique ser el único médico que quede en toda Inglaterra que no forme parte del sistema. Prefiero elegir a mis pacientes, la verdad, y tratarlos de la forma que considero mejor, sin que vengan a entrometerse esa panda de socialistas que forman este Gobierno inútil. La idea de que la gente ya no tenga que pagar para ir al médico es un insulto para nuestra profesión.

—Pero nos pagaría el Gobierno —dijo Tom, conciliador. Era un ardiente admirador del nuevo plan y ya había tratado a sus pacientes más pobres sin cobrarles nada.

—Probablemente acabarás sin un solo paciente —dijo Constance a su marido. Frank y Constance no se llevaban bien, discutían continuamente—. Nadie en su sano juicio va a pagar para que lo visites, cuando pueden ir gratis a otro doctor. Incluso tendrán las medicinas gratis, y también gafas, vendas, algodón y todas esas cosas.

Frank resopló.

—¡Es un desastre!

—¿Por qué dices que es un desastre? —Adele fulminó a su hijo mayor con la mirada—. Creo que un Servicio de Sanidad Nacional es una idea maravillosa. Los pobres pueden sufrir enfermedades terribles y no pueden permitirse acudir a un médico. Yo no he votado al señor Attlee, el primer ministro, pero a partir de ahora sí que lo haré. Es un hombre maravilloso.

Frank abrió la boca para volver a refunfuñar de nuevo, pero Adele dio un golpe con la cuchara en la mesa.

—Basta de discusiones, si no te importa, Frank. Es Navidad, y a partir de ahora solo hablaremos de cosas bonitas. —Se volvió hacia Iris—: Siento mucho haber aparecido sin avisar el otro día, cuando habías invitado a tus amigas del ejército a tomar el té. Eran unas chicas encantadoras; una de ellas es increíblemente guapa y la otra tiene cara de santa. Realmente me gustaron mucho.

Constance frunció el ceño.

—¿Las invitaste a tomar el té, Iris?

—Sí, ¿por qué?

—Parece que el sistema de clases está llegando a su fin. —Sonrió Constance, compungida—. Es la guerra, supongo. Luchamos juntos,

pasamos hambre juntos, nos privamos de las mismas cosas, como carbón o cigarrillos. Eso nos hizo iguales, de alguna manera. Los nuestros ya no podrán mirar de arriba abajo a los pobres nunca más.

No muy lejos de allí, en otra parte de Bootle, el día de Navidad se celebraba de una manera mucho más feliz, aunque también entre discusiones.

Paddy O'Neill, el padre de Maggie, era un incondicional del Partido Laborista, igual que su tía Kath, una mujer atractiva de treinta y tantos años que tenía los mismos rizos negros que su hermana y su sobrina, aunque sus ojos eran de un azul más intenso. Los laboristas habían ganado las «elecciones caqui», celebradas en julio, que debían su nombre a las tropas que volvían a casa después de la larga lucha contra el fascismo y que exigían reformas sociales, un país que fuera justo para todos sus ciudadanos y no solo para unos pocos favorecidos. Los laboristas habían prometido cambiar todo eso con la nacionalización de las empresas de servicios públicos, las compañías de gas y electricidad, ferrocarriles y minas de carbón y, por supuesto, con el suministro de cuidados médicos gratuitos a todo el mundo. Los laboristas habían ganado las elecciones con una amplia mayoría.

El padre de Maggie pensaba que los planes previstos eran más que suficientes para complacer a la mayor parte del electorado, mientras que su tía consideraba que los laboristas debían nacionalizarlo prácticamente todo, incluidas las casas con cinco dormitorios o más, y así se resolvería el problema de la vivienda de un plumazo.

—Es una idea estupenda, Kath —asintió Paddy—, pero no creo que la gente la apoye. Este país no es tan extremo. La población prefiere las cosas poco a poco y no de golpe. A diferencia de la última guerra, esta vez los hombres vuelven a una tierra adecuada para los héroes. Lucharon para proteger su país, es hora de que tengan una parte de él también.

—Sí, sí —dijo Kath, entusiasmada—. Pero no te olvides de que son hombres «y» mujeres los que vuelven, incluida tu propia hija.

—No me había olvidado.

—Y ¿qué pasa con la monarquía?

Paddy esbozó una sonrisa.

—¿Qué pasa con la monarquía, Kath? ¿Quieres sacarlos al campo y fusilarlos, como hicieron los rusos con la familia del zar?

—Bueno, no, pero podrían vivir en una casa normal y corriente, como esta.

Esta vez Paddy se echó a reír con ganas.

—No hay bastante espacio aquí para que la reina guarde sus armiños.

Estaban de pie en la cocina y agarró del brazo a Kath.

—Muchacha, si no vamos pronto al salón con los que están ahí dentro, Sheila vendrá a buscarnos y nos meteremos en un buen lío.

Se la llevó de la cocina, pasaron por el vestíbulo y se dirigieron al salón, repleto de amigos y parientes que bailaban la polca. Tomó a su cuñada entre sus brazos y empezaron a bailar.

—No piensas en otra cosa que no sea la política, ¿verdad, Kath? —preguntó.

—¿Es que hay algo más? —dijo ella con sencillez, levantando las manos.

—Ropas, joyas... —sugirió Paddy—, películas y libros, oír la radio, salir a pasear...

—Voy a pasear por la costa, a veces —dijo Kath, que ignoró la mayor parte de sus sugerencias—, pero no hago más que pensar en la política.

Paddy pensó que quizá ya era hora de que encontrara a un buen hombre, se casara, tuviera hijos y pensara en otra cosa, para variar, aunque por nada del mundo iba a sugerírselo.

Cuando dieron las ocho en punto, Maggie se puso el abrigo, fue a Amber Street y llamó a la puerta delantera de los Desmond. Abrió Ena, la hermana de Nell. Era más menuda que su amiga y no se parecía nada a ella.

—Hola, Maggie. Entra, mujer, que hace mucho frío. Los hombres se han ido al pub, mi madre está durmiendo en el cuarto de estar y las chicas estamos en el salón con los niños, casi dormidos.

Estamos ya un poco achispadas, la verdad, aparte de Nellie, que solo bebe limonada.

—¡Otro niño! —observó Maggie. Ena estaba embarazada de seis meses de su tercer hijo, pero solo llevaba dos años casada. El primero ya debía de estar de camino cuando prometió amar, honrar y obedecer a Billy Rafferty, el día de su boda.

—Sí, estoy deseando que llegue ya.

El salón parecía un campo de batalla, con cuerpos tirados por todas partes, grandes y pequeños. Maggie casi tropieza con un niño que estaba echado en una almohada medio metida debajo del aparador.

La recibió un «Hola, Maggie» a coro por parte de las otras hermanas de Nell, Gladys y Theresa. Desde el otro lado de la sala, Nell la miró a los ojos y sonrió, y Maggie sintió un gran alivio. Estaba claro que el día de Navidad no lo había pasado tan mal allí, con sus hermanas. Quizá su padre, ese detestable vividor, había pasado el día con Rita Hayworth.

—¿Vienes a nuestra fiesta? —preguntó Maggie—. Estábamos bailando la polca cuando he salido.

Nell asintió y se abrió camino entre los cuerpos.

—Por favor, que alguien meta a mamá en la cama.

Gladys, que parecía totalmente trompa, dijo con voz pastosa:

—Ya es hora de que se vaya sola a la maldita cama. ¡No le pasa nada! ¿Sabes, Maggie? Simplemente finge estar enferma para llamar la atención de los demás, para hacer que papá se sienta culpable, pero nada puede hacer que se sienta culpable, ni aunque la poli registrara nuestra bodega y encontrara todas las cosas que tiene allí escondidas.

—Ssssh... calla, mujer... —la cortó Ena—. Las paredes tienen oídos, o eso dicen.

Gladys fingió mirar a ambos lados de la sala hasta que le crujió el cuello.

—Bueno, pues yo no veo ninguna maldita oreja en esas paredes...

—¿Qué tal te va? —preguntó Maggie cuando se dirigían hacia Coral Street.

—Bien —la tranquilizó Nell—. Pero me gustaría que mis hermanas pudieran venir todos los días.

Se estaban celebrando unas cuantas fiestas, y de muchas casas salían sonidos alegres. Cantaban sobre todo canciones de guerra: «Corre, conejo, corre», «El largo camino a Tipperary» o «Vamos a tender la ropa en la línea Siegfried».

—¿Había de verdad una línea Siegfried? —preguntó Maggie a Nell, que parecía saber muchas cosas curiosas.

—Era de los alemanes y estaba justo enfrente de la línea Maginot. Ninguna de las dos sirvió para nada. El enemigo sencillamente las rodeó.

Maggie se preguntó qué estaría ocurriendo en las casas silenciosas, las que tenían las cortinas oscuras corridas. O bien la gente que vivía allí había ido a celebrar la Navidad a casa de otras personas, o no querían festejar nada relacionado con la guerra, aunque fuera su final. Habían muerto muchos hombres en combate y también cayó mucha gente en el bombardeo de Liverpool. Algunas de esas personas quizá vivieran en aquellas casas, puede que los que los habían sobrevivido estuvieran dentro llorando la pérdida de sus seres queridos, preguntándose cómo podrían vivir el resto de sus vidas sin ellos.

Apoyó las manos abiertas en la puerta de una casa silenciosa y pudo sentir el sufrimiento que emanaba de ella.

—Oh, Nell, qué triste es todo... —dijo, en voz baja.

Nell no le contó que los ocupantes de aquella casa se habían ido a Londres a celebrar la Navidad con su hija. Pero eso no significaba que no hubiera cosas tristes.

—Ya lo sé, Maggie.

Maggie retrocedió y miró al cielo, de un azul intenso y punteado con millones de estrellas.

—Pero el cielo está increíble. —Se volvió hacia su amiga, con los ojos brillantes—. A pesar de todo, Nell, este es un mundo maravilloso.